

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 330

Barcelona, 28 de Diciembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

EL ENORME ALCANCE DE LA TOMA DE TERUEL

Opinión de un antiguo combatiente de la Brigada Internacional

En «Le Peuple» de Bruselas del 23 de diciembre se publica lo que sigue:

«Uno de nuestros camaradas belgas de Wallonia que combatió en las filas de la Brigada Internacional y participó en muchos ataques contra la ciudad de Teruel, nos ha dirigido las ardientes notas de avasallador interés que siguen.

Leyéndolas se podrá comprender toda la importancia militar, moral, política y hasta económica del reciente triunfo logrado por los heroicos combatientes de la Democracia española.

«Teruel ocupa de nuevo el primer puesto en las operaciones militares. Constituye, en el frente que se extiende de Motril a los Pirineos, un entrante que está a poco más de cien kilómetros de Valencia, y se comprende fácilmente que esa ciudad y la región que la circunda tengan para uno y otro partido una importancia primordial. La red fluvial que allí converge hace de esta región un importante centro agrícola, en el que encontramos azúcar de remolacha (Concud, a 3 kilómetros de Teruel, tomado recientemente por los gubernamentales, posee una refinería azucarera), patatas, frutas y cereales, además de grandes rebaños de carneros. La toma de esta capital por los gubernamentales priva, pues, a los rebeldes de una región fértil a la vez que de un punto estratégico de primera importancia.

Además, como Teruel se encuentra en el centro de una meseta bastante elevada, el aprovisionamiento de víveres y municiones constituía un grave problema para el ejército republicano. Los trenes que salían de Valencia se detenían en Mora, a unos quince kilómetros de Teruel, y el aprovisionamiento de las tropas que rodeaban desde hacía más de un año a esta ciudad exigía esfuerzos humanos y monetarios especiales. El transporte por camiones debía hacerse entonces a través de la montaña, subiendo muy lejos hacia el norte, para buscar el valle del Alfambra y bajar por éste hacia el sur, hasta las posiciones; y ese rodeo de 150 kilómetros, cruzando caminos sinuosos y peligrosos, originaba un grave problema. La toma de Teruel permite el aprovisionamiento de ese importante frente directamente por ferrocarril, de donde se originará economía de hombres, gasolina y de camiones.

El 27 de diciembre de 1936 fracasó una primera ofensiva general de los republicanos, por falta de armas, de municiones y, digámoslo francamente, de mundo único, pues de ello sufrían los ejércitos leales de entonces. La ofensiva partió del valle del Alfambra, único pasaje que permite el acceso a las montañas que rodean a Teruel; y fué a estrellarse contra los fortines y los muros del cementerio. El avance fué fulminante y llevó las líneas hasta las puertas de Teruel. El ferrocarril de Zaragoza estuvo durante un mes bajo el fuego de las ametralladoras y cañones de la República.

He aquí un resumen de aquella lucha formidable y destructora:

«Teruel es una de las plazas fuertes naturales que poseen historia. Colocada sobre una meseta, rodeada ésta de un profundo y amplio valle y ceñida la ciudad de una alta cadena de montañas, constituye una fortificación que, por poco que se la pueda defender, se convierte en una verdadera fortaleza.

Napoleón fracasó frente a ella, cuando su campaña de España. La República, en enero, no fué más afortunada. Esa meseta, admirablemente fortificada, probablemente por técnicos extranjeros, ofreció una encarnizada resistencia a los asaltos ininterrumpidos de una columna internacional, cuyas tropas poseían una moral elevada.

Muchos batallones españoles combatían al lado de la columna internacional. Los combates fueron encarnizados. Del lado fascista un armamento automático perfeccionado defendía magistralmente la meseta. Las ametralladoras, cuyo tiro estaba perfectamente regulado, barrían todos los pasos, todos los barrancos. Del lado de enfrente, hombres mal armados, pero fuertes por su ideal, daban pruebas de un heroísmo que a menudo llegó a la sublimidad.

La artillería republicana, aunque muy exacta, no logró romper los puntos de resistencia. Los tanques, no obstante su increíble ardor guerrero, no pudieron alcanzar los fortines; las últimas trincheras, en forma de parapeto, les impidieron acercarse más. La lucha de los tanquistas alrededor de las fortificaciones fué especialmente heroica. Así, por ejemplo, aquel soldado de dieciséis años que llevó su tanque junto al de su padre, herido en la pesada máquina descompuesta. No obstante la lluvia de metralla, logró poner a salvo a su padre y todavía siguió disparando sus últimos obuses. ¿No es este un palpable ejemplo del heroísmo que sólo pueden demostrar aquellos que luchan por la libertad? Se podrían citar infinidad de momentos trágicos en los cuales, durante cinco días y cinco noches y al precio de los mayores sacrificios, intentamos arrancar la ciudad a esa chusma formidablemente atrincherada. Ataques nocturnos, golpes de mano, ataques en masa, nada nos sirvió. Una y otra vez volvíamos al ataque, encarnizadamente, y una y otra vez la despiadada metralla barría los flancos del macizo de fortines, nos diezmaba y volvíamos vencidos por la aplastante superioridad de sus fuerzas.»

Todavía ahora se combatió duramente por la posesión del cementerio. Es que los cementerios españoles, por el espesor de sus muros (dos metros), son trincheras formidables. El de Teruel constituye la llave de la entrada de la ciudad por el lado noroeste. Construido a lo largo del camino, en el valle del Alfambra, domina con sus sombrías murallas todo el occidente de la meseta de Teruel.

A fines de 1936 el ejército republicano había hecho contra él los más vigorosos esfuerzos. Hasta lo ocupó durante algunas horas, pero pocos fueron los que de él escaparon con vida.

Siempre consideré a Teruel como intomable por un ejército desprovisto de artillería pesada. Su caída prueba que el ejército republicano está ahora bien entrenado y armado. La voluntad del pueblo también ha contribuido en mucho.

Lo que se ha podido hacer contra Teruel es aún más factible contra otras plazas. Los meses venideros nos darán la prueba de ello.

La República debe triunfar y triunfará.»

La guerra al cristianismo en Alemania

Una maniobra del ministro Kerl

De un corresponsal de Zurich:

A la resonante publicación del «Cuerpo Negro» siguió una declaración del ministro de Cultos, Kerl, hecha en forma de interview.

El «Cuerpo Negro» enumeró las principales medidas acordadas por el Estado no cristiano: completa ruptura de todo lazo con las Iglesias, confiscación de toda propiedad eclesiástica, instrucción de la juventud encomendada estrictamente al Estado, enseñanza religiosa reservada exclusivamente a los maestros que hayan abjurado del cristianismo y otras cosas por el estilo. El ministro Kerl, asombrado sin duda del inesperado efecto que ese programa ha causado en todo el país, sintió que era oportuna una atenuación y se apresuró a asegurar que «el cristianismo positivo» no tiene motivo alguno para alarmarse y que los padres creyentes no deben temer que se eduque a sus hijos en la incredulidad. El resto del mensaje ministerial concierne especialmente al protestantismo.

El principal órgano protestante de la Suiza alemana, la «Neue

Zürcher Zeitung», dedica un comentario a ese comunicado ministerial y saca la conclusión de que las seguridades que contiene carecen en absoluto de valor y de consistencia.

Kerl, dice el artículo, desconcertado por la impresión causada, que no se preveía que fuera tan grande, trata hoy de atenuarla.

Esas seguridades proceden de un concepto de progresión gradual y no de un principio. Su preocupación, de momento, consiste en dejar una fachada de orden exterior a la Iglesia Evangélica alemana y en ocultar su fraccionamiento, motivado por la intervención del gobierno.

Las aclaraciones hechas por el ministro revelan su estratagemma y refutan la opinión de que el gobierno del Reich rechace el programa del «Cuerpo Negro» como simple fantasía de un clan. Según el pensamiento fundamental del nazismo, «el cristianismo es el elemento que la raza debe, por su propio bien, extirpar de raíz».

(«La Croix», 23-XII-1937.)

Instantáneas del territorio rebelde

EN VITORIA APARECEN CARTELES INVITANDO A LA POBLACION A REBELARSE CONTRA FRANCO Y CONTRA LOS MILITARES EXTRANJEROS

Hendaya.—Según noticias llegadas a esta población, en la ciudad de Vitoria han aparecido carteles y manifestos en los que se excita a los soldados a rebelarse contra Franco y contra los militares extranjeros.

Se ha practicado la detención de varias personas que recogían los manifestos subversivos lanzados en las calles.

LOS AGENTES DE FRANCO NO ENCUENTRAN CASA EN GIBRALTAR

Gibraltar.—Los propietarios del edificio en que estaban instaladas las oficinas de los agentes de Franco han desahuciado a sus inquilinos. Los representantes de los facciosos buscan por toda la ciudad un local donde instalarse, pero hasta el presente no lo han conseguido.

ASESINATO DE UN OFICIAL REBELDE EN EL CUARTEL DE SAN ROQUE

Gibraltar.—En el cuartel de San Roque ha sido hallado un oficial muerto de un tiro de fusil. Las au-

toridades rebeldes han incoado un sumario. Temen que el asesinato haya sido cometido por marineros.

SE IMPONEN FUERTES MULTAS A ALGUNOS VECINOS DE LA CIUDAD DE SAN ROQUE, POR CONTRIBUIR CON INFINITAS CANTIDADES A LA SUSCRIPCION DEL «PLATO UNICO»

Gibraltar.—Según noticias publicadas en el «A B C» de Sevilla, el delegado de orden público de Cádiz ha impuesto fuertes multas a algunos vecinos de San Roque, por haber juzgado insuficiente su donativo a la suscripción del plato único.

Agence Espagne.

Las informaciones que publica este
DIARIO responden siempre a la veracidad más estricta

EN TERCERA PÁGINA

Los devasadores de la cultura

Por I. ZILBERFAR

NOTA INTERNACIONAL

Alemania, al acecho de territorios portugueses

El embajador de Oliveira Salazar en Londres—representante del dictador, no de Portugal—se ha creído en el caso de visitar a Mr. Eden, para darle las gracias por cierta declaración hecha en la Cámara según la cual Inglaterra no tratará de llegar al «arreglo europeo» a base de disponer de sus colonias a las pequeñas naciones. El acto del señor Monteiro ha sido exactamente «un acto diplomático». Se trata de mostrarse amable con Inglaterra y desorientar a la opinión internacional en materia de colonias.

Portugal es, en efecto, la cuarta potencia colonial del mundo, y alcanzó ese puesto por su intervención en la guerra de 1914 contra Alemania. Una parte de sus colonias proceden de Alemania, que fué sancionada por el Tratado de Versalles en beneficio de las potencias aliadas. Pero quien esté al corriente de las interioridades de la política europea no ignora que el dictador portugués tiene un concepto bastante original de este problema. Hace lo que podíamos llamar política «metropolitana», en el sentido de salvar los intereses de la dictadura aunque sea a costa del desmembramiento colonial.

La prensa oficiosa de Lisboa desmintió recientemente los rumores circulados en Londres y Ginebra sobre la posible venta de Angola a la Alemania «nazi». Entre las colonias que Hitler acecha figuran Angola y el Congo belga. No sería extraño que cualquier negociación en este sentido tuviera por base esos dos territorios que, encontrándose en manos de dos pequeñas naciones, ofrecieran una presa nada difícil. Mayor resistencia encontrará Alemania en Inglaterra que en el actual Gobierno portugués, preocupado principalmente de sostenerse en el Poder, aunque sea por medios indignos. La grave situación económica que el país atraviesa desde que Salazar se ha erigido en dictador inclina a éste a buscar toda suerte de recursos por escandalosos que parezcan.

No sería demasiado extraño que hipotecase el Imperio colonial a cambio de lograr de Alemania un apoyo considerable en armamento. Hace pocas semanas

Oliveira Salazar pronunció un discurso anunciando «el rearme de la nación». No se sabe qué clase de planes bélicos acariciará el antiguo profesor de Coimbra para emprender esos vastos proyectos militares. Quizá pretenda pasarle la cuenta a Franco por el apoyo que le ha prestado en la guerra de España. Quizá tienda exclusivamente a acentuar la fortaleza de la dictadura por temor a un levantamiento interior de las masas, de donde se percibe de algún tiempo a esta parte una singular efervescencia. Lo cierto es que desde hace meses las relaciones entre la dictadura portuguesa y el Tercer Reich son extraordinariamente sospechosas.

La prensa internacional ha dado cuenta recientemente de cierto viaje realizado a las islas Azores por von Blomberg, el consejero «nazi» del departamento de guerra, al que acompañaban doscientos oficiales del Ejército, la Marina y la Aviación, y un gran número de técnicos civiles.

Las Azores constituyen una base importantísima de las comunicaciones europeas con América. Hay allí una gran estación internacional de cables submarinos. Conociendo los trabajos que realizan los «nazis» para influir decisivamente en el Brasil y en otras naciones americanas, el viaje de Blomberg resulta en este momento demasiado significativo.

A pesar de las zalemas que hace la dictadura portuguesa a los pies de Inglaterra, sus relaciones con Hitler preocupan de veras en el Foreign Office. Para juzgarlas es preciso tener bien presente la tendencia de Oliveira Salazar a inscribirse en la tesis de las fuerzas «ideológicas» que defienden los Estados totalitarios. Muchos políticos europeos que siguen de cerca la evolución de la política portuguesa, se preguntan alarmados qué haría el Portugal fascista en el curso de un conflicto general como el de 1914. Lo más probable es que intentase un brusco cambio de rumbo, si es que las verdaderas fuerzas nacionales de la nación vecina no reaccionaban a tiempo. De los dictadores como Salazar todo puede esperarse.

ITALIA Y EL ISLAM

Estas polémicas, que se inician sin cesar, no son un presagio feliz para las conversaciones entre Inglaterra e Italia, de las cuales se habla desde hace tanto tiempo, y nunca vemos que den principio.

En un debate reciente de la Cámara de los Comunes se planteó de nuevo la cuestión de la propaganda italiana en el Cercano Oriente. Los oradores laboristas aprovecharon la ocasión para atacar violentamente a Italia (Mr. Noel Baker habló de «intolerable ultraje»), y Mr. Eden contestó que, comprendiendo la importancia del asunto, había hablado de ello al conde Grandi, al cual llamó la atención sobre el hecho de que la citada propaganda hacía imposible la aproximación italo-británica; pero que, hasta ahora, esa conversación no había producido ningún resultado. Los periódicos de la península se indignan a su vez. El «Messagero» declara que la difusión de informaciones en lengua árabe por estaciones radioemisoras italianas es perfectamente natural y lícita, y que si las noticias de Palestina no presentan un carácter «admirable», la Gran Bretaña no debe culpar a nadie más que a sí misma. La «Stampa» denuncia la maldad de Mr. Eden, quien busca pretextos «ridículos y grotescos» para impedir toda colaboración con el eje Roma-Berlín. Por último, el «Popolo d'Italia», en un largo artículo de su corresponsal en Londres, ataca a la Radio inglesa y afirma que si las poblaciones de Levante manifiestan más simpatía por Italia que por «el opresor británico» o «por su aliado el opresor de la vecina Siria», no hay motivo para exigir la responsabilidad de ello al Gobierno de Roma.

Estas polémicas, que se inician sin cesar, no son un presagio feliz para las conversaciones entre Inglaterra e Italia, de las cuales se habla desde hace tanto tiempo, y nunca vemos que den principio. Ello es porque la Italia musolinesca al erigirse—como la Alemania imperial de antes de la guerra, pero con habilidad infinitamente mayor—en protectora del Islam, y al multiplicar las manifestaciones de esta política, choca fatalmente en Levante, en Egipto y en África del Norte, con los intereses de las dos grandes potencias musulmanas, Inglaterra y Francia, y despierta su inquietud. Esto crea una situación muy delicada y un perpetuo riesgo de rozamientos muy difíciles de evitar.

Bajo el título de «Italia y el Oriente islámico», un

árabe, probablemente de Egipto, Sobhi Wiheda, expone en el «Popolo d'Italia» la tesis de que el Islam de hoy, completamente distinto del que antaño conoció Europa, no es ya «obstáculo para la regeneración de los pueblos que profesan la fe musulmana, sino que, por el contrario, es la palanca para lograrla». (No quiero meterme a discutir acerca de la virtud civilizadora del Corán y dejo esta tarea a otros más competentes que yo.) Desgraciadamente, «ciertas potencias occidentales—léase Francia e Inglaterra—, incapaces de despojarse de sus prejuicios retardatarios, no han captado, o no han querido captar, nada de esta evolución. Italia, por el contrario, se ha dado cuenta de la transformación profunda (una vez más repito que no quiero discutir) del alma musulmana. De ello resulta que, actualmente, es Italia «la más capacitada para comprender a Oriente».

Sucede también—afirma Sobhi Wiheda—que «el aspecto espiritual de la revolución fascista está más hecho para ser apreciado en Oriente que en Occidente, porque el concepto del Hombre de Estado, reformador del educador de los espíritus y padre de su generación, es un concepto esencialmente oriental que triunfará en el Oriente Islámico el día en que sus pueblos hayan adquirido plena conciencia nacional y estén penetrados con el valor de su noble misión». La conclusión surge por sí sola, sin que sea necesario expresarla: la mutua comprensión de que dan pruebas el Islam y la Italia fascista asigna a Mussolini su papel de campeón del mundo musulmán.

No dudamos de que este papel sea tomado en serio. Por medio de la prensa, de la Radio, de la enseñanza (la escuela superior de Libia de cultura islámica, fundada en 1935, trata de competir con la famosa Universidad El Ahzar, del Cairo), por medio de subvenciones de todas clases y de facilidades de viaje liberalmente otorgadas, Italia extiende su influencia en los países musulmanes. Ello podrá deplorarse. Pero no se debe ignorar.

J. DELEBECQUE

(«L'Action Française», 23-XII-37.)

La propaganda italiana en Palestina

Roma, 22 de diciembre.—Los debates en la Cámara de los Lores y en la Cámara de los Comunes, en los cuales se planteó la cuestión de la propaganda italiana en Palestina, constituyen el tema de los editoriales del «Giornale d'Italia» y de «La Tribuna».

En el «Giornale d'Italia», Virgilio Gayda acusa a Mr. Anthony Eden de haber invocado el pretexto de la propaganda italiana para crear una coartada a la mala voluntad británica de entenderse con Roma.

En «La Tribuna», Maurizio Maraviglia escribe que la enseñanza que hay que sacar de los debates parlamentarios es que la Gran Bretaña da voluntariamente un aspecto negativo a su política en espera de que se termine su formidable programa de rearme.

Virgilio Gayda cree necesario precisar que las conversaciones italo-británicas no se han entablado nunca. «En realidad, dice, todos los pretextos inventados en Londres han sido buenos para retrasar su apertura.»

(«Lyon Républicain», 23-XII-1937.)

Lo que nos dice una viejecita católica que ha llegado a Valencia evacuada de Teruel

(De nuestro corresponsal en Valencia)

Conforme caminamos lentamente, volvemos la mirada en todas direcciones con la atención boquiabierta de las personas atónitas. Ha sido tan rápida la mutación de la existencia para esta pobre anciana turolense, llamada Paula Castellote García, que aún no se lo explica; y a cada detalle que surge a sus ojos, a su paso, repite una invariable frase de sorpresa: «¿Pero es posible?».

Anoche abandonó la vida lóbrega y triste de Teruel, en compañía de otros evacuados. Subió al coche y enfiló rápidamente la carretera de Sagunto. Atrás, quedaba la capital del bajo Aragón, con sus recuerdos de un pavoroso ambiente de miseria, de opresión y de asesinato.

Unas horas de viaje por carretera. La llegada a Valencia de noche. El descanso en casa de unos parientes. El sueño profundo de la libertad, propio de unos nervios agotados después de tanto tiempo de haber permanecido en violenta tensión. Y luego el despertar en la luminosa mañana de un ambiente levantino, de un ambiente de actividad, de calles transitadas, con gente que entra y sale en los comercios, en los cafés, en los talleres, en las oficinas.

—¿Pero es posible?—decía sin cesar con exclamación de sorpresa.

—¿Y por qué se extraña?

—Por lo que nos habían dicho allí constantemente, y con tantos pormenores que ya lo creíamos como una cosa indudable.

—¿Y qué les decían?

La anciana, como haciendo un recuento de noticias, nos dice que en todo el territorio dominado por los fascistas se afirma que la vida en la zona de la España leal discurre triste, dirigida por agentes moscovitas. Que la vida es dura y penosa y que por la noche pasean las calles los grupos de bolcheviques, que son los que imperan en la zona leal. De los templos sólo queda el recuerdo en amontonamientos de escombros. Y al contemplar el ambiente que le rodea, esta anciana no sale de su asombro.

—¿Es que usted creía en estos embustes?—le preguntamos.

—Los creía como todo el mundo. ¿Cómo iba a suponer que unas autoridades como aquéllas, que se jactan de ser tan católicas, cometieran el pecado de la mentira con tanto atrevimiento?

—¿Y usted es católica?

—Claro que sí. Por eso creo que Dios ha de castigar a los que sólo son cristianos para lo que les conviene.

Al pasar por la calle de Pi y Margall la anciana evacuada se detiene ante la fachada de los teatros y cines. Mira las carteleras que anuncian los espectáculos, y ante ellas exclama:

ma: ¿Pero es posible? ¿Es posible que funcionen aquí los teatros?

—¡Claro! ¡Por la tarde y por la noche! Todos los teatros y cines, como en época normal. ¿Es que en Teruel no funcionaban los espectáculos?

Ella responde como extrañada por la pregunta:

—¿Allí? ¡Para teatros estábamos! ¡Bastante teníamos con los otros «espectáculos».

—¿Con cuáles?

Y nos relata los «espectáculos», que ponen de manifiesto la tónica de la vida que imperaba en Teruel.

Todas las noches se desarrollaban escenas de angustia, de dolor, dominadas por gritos desgarradores, por alaridos de los que caían para siempre. La muerte era dueña de la capital turolense. Unos señoritos disfrazados de militares con insignias falangistas o de requetés y acompañados de la Guardia civil, golpeaban una puerta. Se abría ésta y en seguida en aquel hogar se oían los lamentos desesperados de una familia cuyo jefe o uno de cuyos miembros era empujado al camión. Los hombres o mujeres que eran sacados de casa, luego aparecían acibillados en las afueras de la ciudad. ¡Y así meses y meses! Hasta el punto de que la anciana no comprende cómo no se agotaba nunca la carne humana destinada a los fusilamientos.

Por lo demás, la vida ciudadana era una desolación. Los comercios, la industria, los campos; todo en abandono. La gente desfallecida de miseria y vivía atemorizada bajo el látigo de una autoridad feroz.

—¿Y usted recuerda nombres de personas destacadas a las que asesinaron los facciosos?

—Yo he vivido siempre en el arrabal y conocía tan sólo un poco de lo que en la ciudad se contaba. Sé que mataron a muchos «rojos», pero que todo el mundo lo contaba. Pero de lo que me acuerdo es de que fueron muertos muchísimos vecinos de mi barrio, sin otro motivo que el de ser trabajadores.

Y nos va citando nombres y apellidos de trabajadores sacrificados por la bestia fascista. Y añade:

—No lo quieran conocer ustedes. No saben lo que es eso del fascismo.

Y la voz de esta vieja aragonesa, sencilla y humilde, tiembla cuando nos dice estas palabras.

SE AUTORIZA la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO.

LOS DEVASTADORES DE LA CULTURA

Por I. ZILBERFAR

Todo lo creado durante siglos de desarrollo cultural en Alemania ha sido destruido

Al oír la palabra «cultura», monto mi

«Cada pensamiento llevado hasta el fin significa: ¡Fuego!»

Estas dos frases del protagonista de la obra de uno de los pilares de la literatura fascista, Hans Yost, glorificando al espía y aventurero Leo Schlageter, expresa mejor que nada la posición de los fascistas germánicos con respecto a la cultura.

En la nación que antes fuera célebre como tierra de pensadores y poetas, el fascismo triunfante realizó una verdadera devastación de la cultura, provocando el horror y la indignación en toda la humanidad progresiva. Todo lo creado durante siglos de desarrollo cultural en Alemania ha sido destruido. Los representantes avanzados de la producción científica y artística, de los cuales se enorgullece el pueblo alemán y toda la humanidad, son aniquilados físicamente o despreciados.

Ahora, con el nombre de «nueva cultura alemana», se ofrece ese producto repugnante de la cocina espiritual de Goebbels. Esa «nueva cultura» de los caníbales fascistas del siglo XX es la guerra, que tiene por representante a la soldadesca. Su «base teórica» es la filosofía de los asesinatos en masa y de la destrucción. El misticismo de la muerte aparece en ella como el sentido de la vida. «La suerte nos señaló—dice uno de los «jefes espirituales» fascistas, un tal Otto Schuschnigg— la tarea de establecer la filosofía del militarismo, como la sabiduría de nuestro modo de ser.» ¡Qué significativa confesión!

La soldadesca fascista declara una guerra sin cuartel a todo pensamiento humano. Con el fin de ahogar la conciencia que se despierta en las masas engañadas, los caballeros de la cruz gamada siembran la ignorancia. Los apóstoles de la «nueva religión de la sangre», luchando contra el concepto materialista del mundo, se rebelan contra todo lo razonable y se declaran en contra de la inteligencia humana y en favor del instinto animal.

El régimen, que carece de toda justificación razonable para su existencia, tiene que apelar a los instintos más bajos para atraerse a unos cuantos por lo menos. Moviliza a los torpes «hombres de instintos» en contra de los hombres que razonan. Organiza una cruzada salvaje contra la inteligencia, y predica el odio hacia los representantes de la inteligencia creadora.

El conocido ruso blanco fugitivo, Alfred Rosenberg, ha publicado una apología del «concepto sencillo del mundo», libre de todas las teorías y procedente del «instinto no cargado con el peso de la ciencia». El «político cultural» fascista Georg Usade ha proclamado la «derrota de la bestia intelectual». El intelecto aparece como «extraño a la raza», y los propagandistas fascistas aseguran en forma poética que

Ningún varón de la raza germánica puede ser hombre en el cual viva el intelecto.

Y el ministro sajón de «Instrucción Pública», el fascista Hartnacke, llegó hasta a proclamar al mundo entero que su sueño dorado era que desapareciese el dominio de la razón; pero añadió, como arrepentido, que, desgraciadamente, no se puede vivir con una desaparición total de la

Los fascistas alemanes unen la lucha contra la cultura a la guerra contra todo

lo «extraño», a la cruzada contra el internacionalismo y el humanismo. La «cultura» germánica fascista, libertada de la razón y fundada en los instintos criminales de los chulos hitlerianos, es un fenómeno «independiente», que no tiene nada que ver con el mundo civilizado. En cambio, tiene un parentesco «racial» con el espíritu de los piratas contemporáneos del Mediterráneo y con el «espíritu samurai» de sus amigos del lejano Oriente, que, como es sabido, fueron honrados por los investigadores fascistas de la raza, con el nombre de «arios de oriente».

La «maquinaria complicada» de la política fascista es, en el terreno de la cultura, vulgar y simple. Para convertir a toda la población esclavizada de Alemania en «soldados de confianza de la retaguardia» para la guerra total preparada por el fascismo, es preciso contener el despertar de la conciencia de clase de los trabajadores, apartar a las masas de la lucha por su bienestar, sustituir la razón creadora por el instinto salvaje de destrucción, matar en los hombres los sentimientos humanos y encender el odio animal hacia los «extraños». El fin único y más alto de la «cultura» fascista es la guerra. Lo confiesa con cinica franqueza la prensa del III Reich.

La militarización psicológica del pueblo alemán se lleva a cabo por los fascistas del modo más enérgico. El veneno de la guerra y del fascio se infiltra en todas las manifestaciones de la vida cultural, en primer lugar, en el terreno del arte, ya que por medio de las manifestaciones artísticas es como más fácil se puede influir en los sentimientos.

Después de la supresión y quema de las mejores obras, después de la expulsión de los mejores escritores contemporáneos de Alemania, después de la «depuración racista» de los clásicos, después del establecimiento de la censura más salvaje de los nazis analfabetos, la literatura está limitada casi exclusivamente a los escritos de mala ley, que glorifican la guerra, la muerte, la destrucción, el asesinato. La música en el III Reich debe procurar — según manifiesta el profesor fascista Raabe — «con todas sus fuerzas exaltar el espíritu bélico que domina la vida alemana»; lo mejor del patrimonio musical del pasado se desecha si no cumple con esta condición. El teatro y el cine, después de la devastación fascista, cayeron a un nivel ideológico y artístico tan bajo, que no lo puede ocultar ni siquiera el mismo jefe del departamento de propaganda. Con el fin de «contribuir al desarrollo del arte figurativo», a los artistas que no quieren ponerse al servicio de la obra sangrienta del fascismo y de la guerra, les amenazan con la esterilización o con la cárcel. «O esos que se llaman pintores — dijo Hitler — tienen algún defecto en la vista, y en este caso el Ministerio del Interior debe tomar medidas para impedir su multiplicación, o actúan con mala fe, y entonces caen dentro del código penal.» En los últimos tiempos, los celosos defensores fascistas de la «cultura germánica» cogieron todos los cuadros «perniciosos» y anunciaron su quema en público, acto de barbarie que parece increíble, superior aun al de la quema de libros, puesto que los cuadros son ejemplares únicos.

La devastación de la cultura va acompañada del esfuerzo de usurpación de una parte del patrimonio cultural del pasado

de la nación alemana, de castración de su contenido ideológico. Los sargentos fascistas del espíritu quieren despojar al pueblo de la cultura auténtica, pero conservando su apariencia, para con ello engañar al adversario y movilizar espiritualmente las masas populares al servicio de la obra enemiga.

Al mismo tiempo, los fascistas procuran injertar en el pueblo alemán, que siempre se ha señalado por su gran respeto hacia la cultura y sus representantes, los sentimientos contrarios. Aseguran que la «así llamada» cultura no es ni mucho menos la adquisición más alta de la humanidad, sino únicamente un principio que es necesario superar. Hans Schemm, el primer «director de los maestros», llegó a llamar a la cultura «pedestría espiritual».

Los fascistas presentan a la bancarrota de la cultura del capitalismo moribundo como bancarrota de la cultura en general. Ernesto Krik, que merced a los soberanos fascistas llegó a ser nombrado «filósofo de la cultura», pide la vuelta al estado primitivo de la vida y excita a la destrucción y quema de todo lo que fué creado durante los siglos de desarrollo de la humanidad. «Renunciad — vocifera este sacerdote enfurecido del dios pardo de bandidos y asesinos — a la construcción babilónica de la cultura!... ¡Que nos llamen bárbaros! ¡No queremos cultura!... ¡Abajo la cultura! ¡Viva la barbarie! ¡Viva el misticismo de la «raza» y el dios de la «fuerza vital», bestial, el dios de la guerra!

Alfred Rosenberg es un poco más modesto. Pide solamente la «reconstrucción de la cultura», el «renacimiento cultural» que debe borrar unos cuantos siglos de la historia.

Este racista expresa su «dolor profundo» al ver grandes ciudades y fábricas que «afean el aspecto del paisaje alemán». ¡Oh, cómo le gustaría aniquilar estos centros de cultura contemporánea! La ciencia, la técnica, el arte — según afirman los fascistas —, nace de la «sangre y del suelo», que son los fundamentos de la «raza».

Y he aquí que el señor Rosenberg, produciendo el asombro del mundo, nos hace «un gran descubrimiento histórico»: «que está demostrado que las culturas de todos los tiempos y de todas las naciones fueron creación de la «raza nórdica», aria, de los dominadores». Esta «raza nórdica», según dice Rosenberg, favoreció en los tiempos antiguos a los chinos, a los indios, a los asiro-babilonios, a los helenos, a los romanos, a los españoles, a los franceses y a los rusos; a todos, absolutamente a todos. Y estas naciones de razas inferiores no hicieron sino estropear este don y encima pagan ahora con la ingratitud a los «verdaderos germanos contemporáneos, únicos descendientes directos de los destacados nórdicos mitológicos, no queriendo subordinarse a su «voluntad de raza superior».

La fanfarronada racial de estos señores de la esvástica es más que ridícula. Pero en el III Reich se han hallado algunos «sabios» que son continuadores de aquellos «buddistas de Berlín y Halle», de cuya infamia escribió un día Marx: «Se han encontrado gentes con títulos y grados académicos, que aceptan con la mayor ingenuidad los disparates más absurdos de los fascistas y hasta los «desarrollan» cada uno en su especialidad. El

profesor Felipe Lenard ha publicado una amplia obra titulada «La Física germana y judía», en la cual se establece la distinción entre la «Física aria», nacida del «instinto de la raza germánica», y la «Física de Einstein, Plank, Heisenberg y otros teóricos judíos».

Los representantes de las demás ciencias convertidas al fascismo no se quedan atrás. Sobre todo, los médicos. El profesor Erwin Likh ha publicado una obra auténticamente aria, «El milagro en la medicina», donde proclama la necesidad del renacimiento de la curandería: «el médico, en su opinión, debe hacerse prestidigitador, mago». La revista fascista «La salud del pueblo» declara que la vacunación es «una mancha ignominiosa en el escudo de la ciencia germánica» y, pronunciándose en contra de los preparados de la medicina científica moderna, declara que «muchos productos químicos son invenciones diabólicas de los hombres de ciencia marxista, puestos a la venta por los judíos con el fin de debilitar a la raza rubia». Los bárbaros contemporáneos de la Europa Central defienden calurosamente la vida de los «conejos y ratones arios», que mueren a manos de sucios investigadores «no arios» y «marxistas», pero no protestan contra la aniquilación en masa de vidas humanas; ensalzan las epidemias como «selección natural de la población». Si así hablan «los sabios» fascistas, no hay que asombrarse de que el antisemita Joseph Streicher combata en las páginas de su periodiquillo la terapéutica del suero, diciendo que «el suero de animales constituye un veneno». De ahí el grito de destrucción: «¡Expulsad a los ídolos judíos de la medicina: Wirjow, Koch, Bering!»

La ciencia fascista, como es sabido, renuncia a la investigación de la verdad objetiva; declara que lo verdadero es solamente lo que favorece a la obra del fascismo y de la guerra. En relación con esto, el profesor fascista Alfredo Baumbler, autor del libro «La unión de los hombres y la ciencia», pide la «sustitución del hombre civilizado por el soldado» como esencia espiritual del fascismo. El actual rector de la Universidad de Heidelberg, Ernesto Krik, exige que los sabios sean «hombres de choque del espíritu», y un tal Rodolfo Paulsen dice en las páginas de un «oficium» fascista, que «sólo los pensamientos que marchan a paso militar son los buenos».

«La educación científica — manifiesta el fascista Usadel — lleva a la creación de las diferencias de clases, luego el mejor camino para el nacional-socialismo es la ignorancia universal.» ¡Abajo la civilización! ¡Viva la igualdad en la ignorancia!

El fascismo es enemigo de la cultura. El fascismo y la cultura son incompatibles. Esta verdad se hace cada vez más patente en los círculos obreros, campesinos e intelectuales.

Todos los que aman la cultura y el progreso, todos los que, como se dijo en el segundo congreso internacional de escritores, creen «profunda y honradamente en su misión de hombres» tienen hoy un puesto en las filas de los luchadores contra la terrible amenaza que se cierne sobre la humanidad. Si se agrupan en un frente único mundial antifascista, esta potente unión combativa de los amigos de la paz abrirá a la humanidad el camino de la felicidad y del ilimitado progreso cultural. (Izvestia, 17-XII-1937.)

Minas... y chatarra

CUANDO SOBRA MINERAL...

«Hoy todas las fábricas de armas y municiones y todas las industrias del hierro de Vizcaya son nuestras. Todas las minas de Asturias son nuestras. La caída del frente Norte ha colmado nuestras aspiraciones industriales y de producción.»

(Entrevista hecha a Franco por Juan de Córdoba, publicada en el «A B C», de Sevilla, del 8 de diciembre de 1937.)

Franco jura que tiene todo lo que necesita como material, pero al mismo tiempo pide clavos viejos. ¿Dónde está la clave del misterio? La cosa es simple: para extraer ese mineral del Norte se necesitan obreros. Y esos obreros sí que no los tiene Franco. Y los alemanes e italianos no vinieron a España para eso precisamente.

...SE RECOGE HIERRO VIEJO

«Aviso.—La Comisión Provincial de Requisa de Chatarra ruega a los sevillanos que, como buenos patriotas, preparen todos los objetos inservibles de metal, hierro, acero, etc., etc., que posean, por insignificantes que parezcan. Pronto se pasará a recogerlos por todas las casas de Sevilla. Entrega toda la chatarra que poseas. La patria la necesita.»

(Aviso publicado en el mismo número de «A B C».)

UN MINISTRO: UN JEFE

LA PRIMERA CAPITAL RECONQUISTADA

De nuestro corresponsal particular:

En la España leal reina una alegría sin límites. La noticia por etapas. El 16, se pudo leer en la sonrisa y en la mirada algunos enterados que se estaban desarrollando acontecimientos. Al día siguiente, el ministro de Defensa Nacional los publicó. Después, los comunicados sobrios y concretos graduaron las esperanzas. Cada cual buscaba en ellos con avidez lo que deseaba. Unos pensaban en Brunete, en Belchite, en Chumillas, en las beras del Gállego: «se los detendrá». Otros veían que la victoria sonreía al Ejército de la República y deseaban que le acompañara hasta el fin. Por último, llegó la noticia oficial. Eran más de once cuando el general Miaja la recibió del general Rojo. A las de lo avanzado de la hora, cundió rápidamente por todo Madrid, cual se ha despertado esta mañana en una atmósfera de victoria. Es un poco difícil darse cuenta desde fuera de la enorme repercusión moral que ha tenido aquí la noticia. ¡La primera capital provincia reconquistada! ¡El primer golpe de la nueva organización militar! ¡Un golpe magnífico! Madrid y toda la España leal están en fiesta.

La esperanza, eterna Antea, recobra nuevas fuerzas con el triunfo y vuelve a sonreír. El semblante del general Miaja, que siempre ha respirado optimismo, es hoy más elocuente que un largo discurso. Se lee en él: «ya os decía que la guerra es como una lucha de *catch as catch can*. Unas veces se está debajo y otras encima. Ahora nos toca a nosotros estar encima.»

Experimentase gran alegría por todo lo que revela y representa esa victoria. Sin embargo, no se pierde de vista la realidad. Sabemos que tendremos que hacer frente a grandes ofensivas; que se avecinan terribles ataques; que nos esperan muy duras jornadas pero poseemos potentes líneas fortificadas y acabamos de demostrar que tenemos un ejército, que tenemos armas y que tenemos jefes.

* * *

Un ministro. Sería injusto no destacar, en esta ocasión, a aquel que tiene la pesada responsabilidad de la guerra. Desde su primera entrevista con el teniente coronel Rojo, en Madrid, el Sr. Prieto fué cautivado tanto por la capacidad como por las cualidades de defensor de la plaza. Así, puso en él toda su confianza, y las voluntades, no formando más que una, han conseguido instruir, armar y organizar un ejército de 600.000 hombres.

El Sr. Prieto, como el jefe del Estado Mayor central, habla poco. Más bien parece que haya perdido el uso de la palabra. Tampoco parece que sean fotogénicos ninguno de los dos, pues no se les ve nunca en ninguna de esas fotografías en que tantos otros se exhiben. Por el contrario, si el ministro habla poco, trabaja mucho. Y ya se ven los resultados, tanto desde el punto de vista militar, como desde el civil y el político. El dinamismo del Sr. Prieto le permite irradiar su pensamiento en todos sentidos.

AUBIN RIEU-VERNET

(«La Dépêche», 25-XII-1937)

La angustia del mundo

«El valor de emplear los medios necesarios»

El abandono por Italia de la S. de N. ha hecho correr mucha tinta. Uno se pregunta por qué, ya que el suceso no tiene ninguna importancia. Con o sin Italia, la S. de N. sigue siendo lo que es: un organismo del cual nadie cree que pueda realizar, tal como está, la tarea para que fué creado. Esa es la enfermedad que hoy padece el mundo: una enfermedad cuya causa es sencilla y cuyos peligros son inmensos. Enfermedad mucho más grave de lo que supone con tanta firmeza el espíritu contemporáneo.

Uno se imagina a la S. de N. como un experimento que no ha tenido buen éxito a causa de su novedad y de su atrevimiento, y cuyo fracaso, por este motivo, no debe ni sorprender ni alarmar. ¿Cuál es la tentativa humana que ha tenido buen éxito en su primer ensayo? Desde este punto de vista, el fracaso de la S. de N. entraría dentro de las vicisitudes normales de la historia; no sería sino un primer experimento, cuyo valor educativo dependería de nuestra perseverancia.

Pero la S. de N. ha sido creada por el más grande y solemne tratado de la historia y su fracaso significa que ese tratado no ha sido respetado. Visto por ese lado, el fracaso de la S. de N. es un desastre mundial. Tratemos de comprender por qué y de deducir las consecuencias oportunas.

Después de la guerra mundial, más de cincuenta Estados—casi todos los Estados del mundo—se adhirieron a la S. de N. Esto significa que todos firmaron un tratado por el cual se comprometían a vivir en paz y a defender a aquel de entre ellos que fuese atacado por otro Estado, miembro o no de la Sociedad. Ese tratado, por el número de países que lo firmaron y por la importancia vital y universal del compromiso que adquirieron los signatarios, ha sido el más grande y el más solemne de todos los tratados que registra la historia. No veo qué otro pacto pueda compararse con él. Para comprenderlo, basta comparar el número de personas que conocen en el mundo la existencia del tratado de la S. de N. con el de aquellos que tienen noticia de la existencia de todos los demás tratados.

Pero ese pacto tan solemne ha sido violado impunemente, desde 1931, dos veces por dos potencias: por el Japón, que en 1931 invadió China, y por Italia, que en 1935 invadió Etiopía y en 1936, España. En ambos casos no funcionó el tratado; los Estados signatarios no quisieron o no supieron prestar la ayuda prometida a las víctimas de la agresión. O no hicieron nada, como sucedió en el caso de China; o si intentaron establecer sanciones, como en el caso de Etiopía, procedieron con tanta debilidad y tan poca convicción, que forzosamente fracasaron. Esta es la verdad sencilla. Y la consecuencia ha sido una inmensa desmoralización del mundo entero; una angustia que, sobre todo desde 1936, se ha apoderado cada día más de todos los Estados y de todos los pueblos para llevarlos a la ruina.

¿Es este hecho tan sorprendente y tan difícil de comprender como parece?

En la situación actual, los pueblos no pueden vivir a menos que reine en el mundo cierto orden, es decir, en las relaciones de los Estados; y la única base para ese orden internacional consiste en crear una confianza razonable en que los tratados han de ser respetados. ¿Qué confianza se puede hoy tener en el respeto a los pactos, en Europa como en América, en el hemisferio boreal como en los antípodas, cuando el más solemne de los tratados, aquel cuyo respeto parecía fundamento de la validez de todos los demás, no es sino un papel mojado, y cuando a un Estado le basta con tener una flota y un ejército aparentemente temibles para burlar ese tratado y violarlo, ante un mundo aterrorizado y pasivo?

No se trata en modo alguno del fracaso preliminar e inevitable de una tentativa nueva. La pasividad de

la S. de N. en presencia de las violaciones del pacto ha sumido al mundo entero en la más espantosa anarquía internacional que jamás se haya visto desde que la humanidad salió de la barbarie. Antes de la Gran Guerra, el orden internacional estaba asegurado en todo el mundo por el respeto a ciertas reglas, a las cuales se daba el nombre de Derecho de gentes; y el respeto a esas reglas, o al derecho de gentes, estaba a su vez asegurado por la organización monárquica de Europa y Asia. Esta organización desapareció en la guerra europea, y para sustituirla se firmó el gran tratado universal de la S. de N. Mas como en 1931 a 1937 este gran tratado universal se ha convertido en un papel mojado, hoy ya no queda más que la anarquía general, el reino de la angustia y del terror.

¿Por qué asistimos a la desbandada de los pequeños Estados que buscan la amistad y la protección de las potencias cuya capacidad agresiva ha sido ya demostrada o se supone que la demostrarán mañana? ¿De dónde proviene el frenesí con que el mundo se arma, causando con ello la ruina del mundo entero? El miedo es el que conduce a esos recursos desesperados; el miedo de todos los Estados, poderosos o débiles, los cuales no pueden ya hacer ningún proyecto razonable para el porvenir, y no saben si gozarán de una larga paz o si serán atacados mañana, sin razón ni pretexto, y hasta por sorpresa. Todo parece hoy posible; y cuando todo parece posible no se puede vivir más que en medio de la angustia y del miedo, los cuales, la mayoría de las veces, sólo aumentan el peligro con todos los medios que imaginan para evitarlo.

Lo más trágico de esta situación sin precedente en la historia del mundo, es que el gran miedo que hoy padece el universo se debe en parte a una ilusión. El mundo había creído que el pacto de la S. de N. sería el más sólido e inviolable de los tratados, precisamente porque lo habían firmado casi todos los Estados; y cuando vio que ese pacto de bronce se había convertido en un papel mojado, se preguntó lleno de angustia qué valor tendrían todos los demás, que le parecían más débiles. Ahí está el error. La debilidad del gran tratado de la S. de N. reside, justamente, en que los firmantes son demasiados, muy diferentes y están muy alejados unos de otros. Una alianza más restringida y más firme habría servido mucho mejor para mantener el orden del mundo.

No hay que perder de vista esta consideración al tratar de poner remedio a esta situación terrible. Lo que se necesita ante todo, hoy, es calmar la angustia del mundo y combatir la desmoralización que se apodera de todos los Estados y de todos los pueblos, la cual, si dura y se agrava, nos llevará a todos a la ruina. Ello sólo se logrará si se demuestra al mundo que la violación de los tratados, los abusos de fuerza y el deporte de las conquistas son actividades que comportan graves peligros para los Estados que confían demasiado en sus armadas y ejércitos. Pero no creo que se llegue a levantar el sentimiento universal por medio de una reforma del pacto, la cual le quitaría el mínimo de fuerza que aún posee. Será preciso una confianza de cierto número de potencias que tengan la decidida voluntad de poner un poco de orden en el mundo, y el valor de emplear los medios necesarios.

He dicho «el valor de emplear los medios necesarios». Hay que esperar que se llegue a restablecer un poco de orden en el mundo sin necesidad de nuevas guerras. Pero no creo que, al punto a que han llegado las cosas, se logre esto algún día si se pone como condición indispensable a toda acción el que en manera alguna comporte riesgos de guerra.

GUGLIELMO FERRERO

(«La Dépêche», 26-XII-37.)

EL FASCISMO ITALIANO EN UN MOMENTO CRITICO

Chambéry, 22.—Las noticias que llegan aquí, las confidencias o más exactamente, las exclamaciones de los comerciantes e industriales italianos que pasan la frontera, confirman que la situación política y económica de Italia se halla en un momento crítico, que es por lo menos peligroso para la dictadura fascista.

De una manera general, la opinión pública de la Italia del Norte ha acogido muy mal las campañas militares de Etiopía y de España. Le han distribuido miles de folletos en las grandes ciudades. En Turín y en Milán, unas manos misteriosas introducen por debajo de las puertas y en los buzones y pegan en las paredes proclamas en las cuales se lee:

«¡Mueran el fascismo que os arruina y prepara la matanza de vuestros hijos! ¡Italianos, vuestro deber es sabotear la guerra! ¡El fascismo, llegado a su fin, quiere obligaros a entrar en la guerra mundial que está preparando! ¡Aplastadlo! ¡Salvad a la España republicana!»

En toda Italia se distribuyen periódicos y folletos antifascistas. En las terrazas de los cafés y en los lugares públicos, las gentes manifiestan su descontento en alta voz y acusan al actual Gobierno de arruinar al país. Los soldados llegados de Etiopía organizan desfiles de protesta. En Lombardía se han producido algunos disturbios. Han sido detenidos unos sacerdotes por vender insignias revolucionarias.

El paro parcial en las industrias es cosa corriente. Ya no existe la se-

mana de cuarenta horas, sino la de veinte. Los obreros especializados cobran 12 liras al día, y un litro de vino cuesta 2 liras. El índice del coste de la vida ha subido de 85 a 105. Cuando el Gobierno proyectó la emisión de billetes estampillados de 1.000 liras, que costarían 1.100 liras de la antigua moneda, se produjo tal movimiento de protesta, que hubo que diferir este nuevo descuento del hospital.

Se ha decidido, sin embargo, aumentar los alquileres en un 10 por ciento, un 5 por ciento para el Estado y otro 5 para los propietarios.

Como los acuerdos de compensación han sido sometidos por Francia, Inglaterra y los Estados Unidos a un régimen mensual, los cambios, debido a la precaria situación de los bancos italianos, son prácticamente imposibles; algunos economistas creen, sin embargo, que la autarquía no está dirigida, sino que es forzada, lo cual denuncia una situación económica inextricable.

El día del aniversario de la marcha sobre Roma, una importante personalidad milanesa que vino a Chambéry declaró:

«No quiero asociar hoy a mi país a manifestaciones que le conducen a su perdición.»

Esta misma personalidad ha manifestado que estamos en vísperas de gravísimos sucesos en Italia, y que Mussolini, que acaba de salir de Ginebra, pudiera muy bien salir de Roma antes de la primavera.

(«L'Œuvre», 23-XII-37.)